

## CAPITULO XX.

### LA ORDENANZA MILITAR.

A fines de un largo y riguroso invierno, en una humilde habitacion donde reina la mas horrible miseria, una interesante jóven trabaja con ardor al pié del lecho de una enferma dormida.

Por la atencion que dedica á su labor y la rapidez con que mueve la ahuja, fácil es comprender que se ha impuesto una obligacion fatigosa, y que la necesidad mas apremiante es causa de aquella aplicacion.

En efecto, al penetrar en aquel triste recinto, que revela á las atónitas miradas increíble sufrimiento, al considerar aquel miserable lecho, donde algunos harapos esparcidos sirven para cubrir un cuerpo lánguido y descarnado, se detiene uno de espanto; el alma se niega á proseguir el penoso exámen, asustada por el esceso de la humana pobreza.

Aquella misma jóven que cose con tanto afan, aquella misma

jóven inspira compasion. Cadavérica palidez baña sus facciones, que aunque de bellas y regulares formas, lastiman al que las contempla en vez de escitar la admiracion que causa la hermosura; tan profundamente aparece en ellas grabado el sello del infortunio.

Luengas trenzas de sedoso cabello negro caen sobre sus espaldas, como para ocultar la pobreza de su trage.

Su fisonomía dulce y grave á la par, ofrece la tierna imágen de una resignacion habitual; en fin, sus escuálidas manos, coloreadas de un tinte amoratado que el frio producía, prosiguen sin descanso el trabajo asídúo, revelando una fuerza sobrehumana que solo puede ser inspirada y sostenida por un afecto sin límites.

Luisa Weyher era hija de unos artesanos acomodados de Strasburgo. Sus primeros años habíanse deslizado entre los placeres é ilusiones de la niñez.

Adorada de sus padres, que no supieron prever los golpes de la adversidad, y que la colmaban á porfía de cuidados y caricias, pasaba la vida sin curarse del porvenir, que se le presentaba bajo el mas lisonjero aspecto, y no ambicionaba otra posicion porque no podia imaginársela preferible á la suya.

Llegó Luisa á los dieciseis años de su edad; edad de los primeros amores; Luisa tambien amó.

Un jóven, hijo como ella de honrados artesanos, obtuvo de sus padres el permiso de colocar en el dedo de Luisa el anillo de prometida, y recibió de ella el juramento consolador de no pertenecer nunca á nadie mas que á él.

Mas ¡ ay! el primer pesar de esta jóven fué la partida de su amante para el ejército.

Jorge Williams, como hijo de padres menesterosos, no pudo librarse del servicio militar.

En el inicuo sorteo de una quinta le tocó el número fatal, y con la muerte en el alma se separó de su adorada Luisa, no sin jurarse ambos fidelidad á toda prueba.

Esta primera desdicha no fué mas que el preludio de otras desdichas mucho mas terribles.

El padre de Luisa, hacia largos años que depositaba de tiempo en tiempo en la caja de un comerciante amigo suyo, sus pequeños ahorros, destinados á la dote de su hija, predilecto objeto de su amor.

Poco despues de la ausencia de Jorge, Pedro Weyher entra en su casa con la desesperacion en el alma y se deja caer en una silla lanzando sordos gemidos; su mujer y su hija que le adoraban se le aproximan, le abrazan, y le obligan á revelar la causa de su dolor.

Hizo un esfuerzo, y con dificultad pudo pronunciar estas palabras:

—Estamos arruinados; Nerberg ha desaparecido llevándose todo mi dinero.

Al oír esto quedaron su esposa y su hija consternadas; pero Luisa, apelando al amor filial para hallar en él un valor superior á su edad, esclama con energía:

—¿Qué importa esa desgracia? Trabajaremos mas, padre mio, volved en vos. Mi madre y yo os ayudaremos; suprimiremos la doncella Mariana, economizaremos todo lo posible, y dentro de poco tiempo habremos ganado lo perdido.

¡Ilusion! el golpe estaba dado.

El hombre que ha pasado su vida sin experimentar los rigores de un destino adverso, suele sucumbir bajo el peso del primer infortunio que le abruma.

Algunos meses despues, á la edad de diecisiete años, Luisa sola, seguía llorando un ataud que fué lanzado á la huesa comun de un cementerio: era el ataud de su padre!

Desde este momento, una nueva existencia dió á esta desventurada jóven otro carácter.

Estraña á las diversiones de la juventud, vivía sin cesar dominada por la amargura y contrajo la costumbre de una resignacion angelical.

Su pobre madre parecia serle mil veces mas querida.

Despues de la muerte de su padre despidió á una criada que la escasez de recursos no permitia conservar.

Luisa se encargó de todo el gobierno de la casa; multiplicábase para evitar á su madre la menor molestia que pudiese recordar el cambio de fortuna.

Acostábase despues de ella y madrugaba antes, sin que los mas penibles cuidados inspirasen repugnancia alguna á su cariño; y cuando su madre recompensaba tanto amor con un beso lleno de gratitud, conmovida la jóven esclamaba con voz de ángel:

—¡Madre! ¡madre mia! aun hay dichas para nosotras en la tierra si te esfuerzas para adquirir valor.

Así vivían trabajando las dos sin descanso; y el fruto de sus labores era suficiente para atender á sus precisas necesidades.

La única esperanza de la pobre jóven, el sueño dorado que le daba aliento para todo, era ir pasando de este modo los días hasta el regreso de su amado Jorge.

—Entonces— reflexionaba la inocente criatura— mi madre podrá descansar y procuraremos hacerla dichosa.

Mas ¡ay! la viuda habia recibido tambien una herida mortal con la aglomeracion de tantos sinsabores.

Cayó enferma, y desde este momento no hubo reposo para la sensible Luisa.

No como proporcionar recursos á su madre, fué poco á poco vendiendo los muebles y ropas de la casa, sin reservarse mas que lo puramente indispensable.

Todos sus vestidos habia enajenado y solo poseia el que cubria su descarnado cuerpo.

Escuálida, cadavérica y andrajosamente vestida, entonces era cuando mas hermosa estaba por lo sublime de su virtud.

Débil, delicada en extremo, pasaba sin embargo todas las noches hallando en su amor bastante fuerza para levantar en sus brazos al objeto de un sentimiento tan santo, de una compasion tan tierna, y para volverle á colocar en el lecho del dolor.

Parecia alentada por un poder divino.

Ni un solo destello de disgusto brotó nunca de su celestial semblante.

La enferma estaba siempre segura de hallar en los ojos de su hija una lágrima de piedad, y una sonrisa de consuelo en sus labios, y la pobre mujer, impelida por el reconocimiento, esclamaba con vehemencia:

—¡Gracias, hija mia, gracias! ¡El cielo te bendiga y recompense tanta sumision, tan bondadosos desvelos!

A este extremo de infortunio hemos presentado á Luisa en el comienzo de nuestra narracion, ante los ojos de nuestros lectores, trabajando junto al lecho de su madre.

Esta, no habia gozado de mucho tiempo, las dulzuras de un reposo tan prolongado y tranquilo, en el cual empezaba á germinar la esperanza de una próxima curacion.

A esta idea, llenábanse de dulces lágrimas los ojos de la buena

hija, que procuraba secarse con presteza para no interrumpir su trabajo.

Llaman de improviso á la puerta.

Levántase Luisa y de puntillas, para no despertar á la enferma, se dirige á la escalera y abre.

Era el cartero.

—Tomad, señorita Luisa, es para vos.... viene de Colmar, y franca; quedad con Dios.

Luisa volvió á cerrar la puerta con precaucion, y guardando la carta en su seno despues de haberla besado, suspiró y dijo para sí:

—Despues... despues... es preciso ahora terminar mis labores para que mamá pueda tomar hoy algun alimento... Primero es el deber que el amor.

Sentóse en el mismo sitio y prosiguió su trabajo.

Su madre, ya despierta, la contemplaba con ternura.

—Luisa mia—le dijo en voz muy débil.—¿Ha venido alguno?

—¡Madre!... ¿estás despierta?... Sí, ha venido el cartero.... me ha traído una carta de Jorge.

—¡Ay de mí!... en breve será tu único protector.

—No me hables así, no me desalientes, por Dios, madre mia.

—¡Pobre Luisa!... debes estar preparada...

—¡Jamás, mamá, jamás!.... Quiero curarte, y te curaré.... porque Dios me ayudará. Mi amor y mis cuidados te volverán la salud. Mira, ya están las dos camisas terminadas, voy á entregarlas ahora mismo, y con su producto traeré lo necesario. Ya debes sentir necesidad... no hay en casa una sola taza de caldo... la compraré... pronto estaré de vuelta. ¿Puedo separarme de tí un momento?

—Sí, hija mía — respondió la enferma poniéndole la mano sobre la cabeza como para bendecirla — anda, y el cielo te proteja, mi querida Luisa.

Y Luisa no corre, sino que vuela, entrega las camisas, recibe el dinero con muestras de gratitud como si no fuese el precio de su trabajo, vuelve siempre corriendo, se detiene un minuto para comprar un pucherito de caldo y otras urgentes adquisiciones, y regresa á su casa con la misma prontitud, casi dichosa de pensar que iba á consolar á su madre...

¡Ay! hacia dos minutos que Dios la habia consolado.

Entra Luisa, se arroja á la cama para empezar su obra con un beso de amor y de alegría á la enferma, exhala un grito desgarrador y cae en tierra sin sentidos.

Unas vecinas la vuelven á la vida; pero ¿estaba la infeliz para oír sus palabras de consuelo?

Los ojos desencajados, fijos en su madre, los labios contraindos, permanecía delante de aquel lecho como herida por el rayo.

¡Su madre muerta ya no le sonreía!...

¡Muerta en su ausencia sin haberla bendecido!....

Estas ideas de desesperacion se confundian en su cabeza y destrozaban su alma.

Sus lágrimas no podian hallar paso... sus lamentos se detenian en su garganta y formaban un nudo que la ahogaba; pero cuando vió que una mano estraña se aproximaba al objeto de tan sagrado dolor, se puso como furiosa y rechazó á todo el mundo para rendir ella sola á su madre los últimos deberes cubriéndola de besos.

Y entonces... ¡cuán tiernas eran las palabras que salian de aquel corazon quebrantado!

¡Qué elocuentes eran sus quejas mientras rendia á aquel cuerpo

exánime y helado los cuidados que reclama la muerte!....

— ¡Madre mia! — balbuceaba entre amargos sollozos — ¿por qué me has abandonado? Has preferido unirme á mi desgraciado padre y no hay ya quien vigile á tu pobre hija!... ¿Qué será ahora de esta infeliz sin tí... sin tí... mi único vínculo en la tierra?... ¿Dónde hallaré fuerzas para vivir para mí, como las tenia para vivir para mi madre? ¿Por qué á lo menos no me has llevado contigo?... Abre, abre otra vez tus maternales ojos... Que vea tu Luisa una sola sonrisa en tus lábios... ó que la tumba encierre su corazon para siempre con el tuyo!

Los que se hallaban presentes no podian contener su llanto.

Hasta el momento en que se llevaron el cadáver, permaneció avasallada por el mas punzante dolor.

Luego siguió el fúnebre cortejo al cementerio, un año justo despues del entierro de su padre.

Allí la dejaron sola; la piedad se cansa fácilmente.

Entonces cayó sobre la tierra aun movediza que cubria el ataúd, y si la desesperacion hubiese podido triunfar de las fuerzas de la juventud, sin duda la pobre Luisa, aquel mismo dia, hubiera ido á juntarse en el cielo con sus infortunados padres.

Tímida y sin esperiencia ¿qué va á ser de esta inocente huérfana?

¡Ay! ¿dónde están los que buscan la miseria para consolarla, el sufrimiento para mitigarle?...

Debilitada por las lágrimas, las veladas, el frio y el hambre, la noche la sorprendió aun sobre la huesa de su madre.

El miedo aumentó á la sazón todas las demas calamidades.

Emprendió con espanto el regreso á su miserable morada.

Allí donde todo le recordaba la ausencia de los objetos predi-

lectos de su cariño, se abandonó de nuevo á toda la violencia de su amargura, y postrándose de rodillas rogó fervorosamente á Dios que la librase de cometer un crimen contra ella misma.

La plegaria, siempre tan eficaz para los martirios del alma, logró introducir alguna calma en su espíritu.

La última frase de su madre moribunda resonaba aun en sus oídos:

«EN BREVE SERÁ TU ÚNICO PROTECTOR.»

Esta frase le pareció una orden; acogióla como una santa profecía; y acordándose entonces de la carta que habia recibido, y que los horribles acontecimientos le habian hecho olvidar, la buscó sobre su corazon y la leyó con ternura.

Jorge presentia el funesto golpe que amagaba á su amada.

«Ven, le escribia, no es posible que te quedes sola, si te ha de acontecer semejante desgracia. Ven, Luisa mia, y si no logro inmediatamente permiso para casarme, seré á lo menos tu hermano y vigilaré por tí.»

Luisa, en sus cartas á Jorge, le habia ocultado, por timidez, una gran parte de sus infortunios; sabia que lo que hacia toda la fortuna de su amante era su estado, y que en el regimiento no podia servirle de gran cosa; resultando de aquí que el jóven soldado estaba muy lejos de sospechar la escesiva miseria de Luisa.

La falta de dinero no fué obstáculo, sin embargo, para que resolviese la jóven ir sin dilacion en busca de la persona que era el único apoyo que le quedaba en el mundo.

—Mendigaré— dijo para sí— un poco de pan bastará para sostener mis pasos ¡oh Jorge! y tu vista me volverá todas mis fuerzas. Mi madre lo ha dicho: tú serás mi protector... obedezcamos á mi madre!...

A la salida del sol, la pobre huérfana, con un reducido lio en la mano, huyó de su asilo, procurando evitar las miradas de los que empezaban á transitar por las calles.

Llegó á la puerta de la ciudad, volvió sus bellos ojos arrasados en lágrimas hácia aquellos alrededores donde tantas veces habia jugado siendo niña, enmedio de un padre y una madre igualmente queridos, y pronunciando un adios desgarrador á sus sombras reunidas, que creia ver en torno de ella, partió por fin con la precipitacion de un culpable que recela hasta de la luz del dia.

Caminó largo trecho sin detenerse, no reparando en las miradas atónitas que las gentes le dirigian.

Su belleza, su absoluto desaliño, cierto sello de descarrío en sus facciones y ademanes, todo en ella cautivaba el alma dolorosamente.

Sin embargo, nadie la interrumpió el paso, cosa que tambien hubiera sido difícil, pues la pobre muchacha corria á mas no poder.

Hácia el medio dia cayó casi exánime de fatiga y de necesidad á la puerta de una choza que hacia esquina á la vuelta del camino.

Tuvo deseos de llamar y mendigar un pedazo de pan; pero era la primera vez que iba á pedir limosna, y le faltó el valor.

No podia resolverse á tanta humillacion, y durante la lucha entre el amor propio y el hambre, un sueño bienhechor vino á suspender todos sus males.

A pesar del frio que iba aumentando por instantes, durmió dos horas!

Al despertar vió Luisa que un gallardo mozo la contemplaba con interés.

Tuvo miedo, levantóse para huir; pero la fatiga habia en-